

Gente española:

Doña Blanca de los Ríos de Lamperez

= Colaboración directa =

Pequeña, prodigiosamente pequeña, con un tercio de la Menina, otro del elfo, otro del trasgo. (La Menina es la infancia demorada; el elfo es la gracia; el trasgo, la Magia). Más pequeña cuando busca libros delante de su empingorotada estantería; más, cuando pasa las semanas y los meses en las salas faraónicas de las bibliotecas de historia, sobre una de las mesas medioevales que le gustaban por su desahogo a Menéndez Pelayo; todavía más pequeña atravesando la Castilla de su pasión; y más, andando, en su desvelo, por la geografía desatada de la América suya.

Del trasgo no recibió el juego burlón; trajo mente seria, hincada con hincadura de pica española en lo grave de este mundo: historia, mística, política—pero política a lo Catalina de Siena.

En la cabeza, que no es de elfo, sino sólida, dos ojos azules, de un azul que es tierno y agudo, en dos parpadeos seguidos. Cierta azul, que yo llamo *azulillo*, banaliza el ojo; el suyo es otra cosa. Yo pensaba mirándola en que ella cogió los más cabales ojos de madre y que Dios la dejó sin hijo. Con esta calidad de azul pudo mirar la otra Blanca de Castilla que mucho se le parece. Si se le hubiera ocurrido seudónimo ese nombre habría llevado, sin doblarse con su peso. Es todo lo *de Castilla* que cabe, con más raza a cuestras que cualquier infanta. Se sabe la meseta místico a místico y paisaje a paisaje acardenalado o polvoso: no hay otra manera de sabérsela; puede andarla sonámbula, como en el refrán, sin errar la puerta de la casa del Greco o la del conventito friolera de San Juan de la Cruz. Un ingeniero, un alguacil, no se la saben mejor.

Sobrino de un historiador de la lengua, don Amador de los Ríos, cuyo ejemplo ha debido ponerla a tocar con el goce de él los tendones del idioma; hija del arquitecto que restauró con pudor—vale decir con tiento—la catedral de León; mujer de otro arquitecto que ha apretado en buena síntesis la arquitectura cristiana de España. Así, doña Blanca se ha movido de niña y de mujer entre gente que bien hacía y bien comentaba. Pedro Prado apuntaría que los arquitectos le enseñaron a construir lo suyo y a ver la masa de lo ajeno.

Su autodidactismo la salvó de malograrse las virtudes de mujer en las bancas universitarias, secas, como su barniz o su marroquí. Una como leche candeal le corre por el pensamiento a veces.

Solamente la salud estropeada, como la de Santa Liduvina, dice doña Emilia Pardo, le ha parado en ocasiones ese largo trabajo suyo, que yo suelo verle como una de las rutas romanas, franca, sin riesgo, y en piedras de talla, que el sol latino hace blancas.

La voluntad española, tan negada, pone testimonio en ella, como la ponía en su Cortés o su Vasco Núñez. ¿No es la forma de la Península la de un puño cuadrado de Europa, puño de empecinamiento vasco o aragonés, y por lo mismo de empresa?

La pasión suya se llama lo español peninsular primero; lo español ultra-marino enseguida. Ninguna cosa fuera de esto.

La traen y la llevan clasificada como conservadora, es decir, como *gerárquica*. A mí me vuelven un poco odiosa la palabra los que gerarquizan a su antojo, siendo siempre su antojo su conveniencia. Si es cierto que ella se tenga



Doña Blanca de los Ríos leyendo su discurso en el homenaje a Tirso de Molina, en el Teatro Español

sus castas en tajadura de Roldán, vive, ayuda y obra como si el concepto le sobrara. Yo no le he sorprendido gerarquías hablando de lo nuestro: la Argentina no le cubre con su gran bulto la cañita de Costa Rica, ni su amistad del México letrado y petrolero la hace desatenta de Chile. En vez de la preferencia, a lo francés, de lo americano rico, yo la he visto acongojada por la desgracia de Nicaragua o por el enajenamiento de Puerto Rico.

El dividir de Cristo será el suyo, si es verdad que divide: Lázaro, el popular, igual al Nicodemas patricio; José de Arimatea, senador, igual a Dimas, en la compasión del mismo Viernes Santo. Diferencias: la higuera estéril y las otras.

Como racista, doña Blanca ha obrado al revés de Maurras, que querría apretar el núcleo galo con tenazas, para defenderlo... Ella piensa que si lo español se echó en la carabela, se arriesgó en ola, y cayó en alianzas a lo Ulises en la otra orilla, ahora no queda más que seguir con ojo dulce la aventura de la sangre, de cuchilla a cuchilla del suelo de América. La greguería española ha sido volcada del Río Grande al Estrecho, y no hay sino recogerla en Colombia como en Chile, anotando y aceptando las diferencias naturales que ha cogido del lugar, y rehacer con ella el tapiz español, el largo tapiz de la sangre emigrada.

Diez años lleva de vida un tanto prodigiosa por el perdurar sin lucro su revista *Raza Española*. La hizo doña Blanca después de averiguar su América, de haber pellizcado en su costumbre y huroneado en su geografía. Cuando ya tuvo el continente en la masa de la sangre, se sentó, a escribir y convidó a escribir allí sobre el hecho ibérico, nada más que sobre el negocio ibérico, en letras, historia, ciencia y economía.

La revista es una de nuestras cosas de España, más nuestra que si fuese la fundación de un Patiño boliviano; hasta los que la ignoran tienen en ella su apoyo de trabajo y de descanso para cuando quieran.

Ahora que el hispano-americanismo—yo prefiero decir el indo-españolismo—se ha vuelto una mimada criatura en Madrid, y sale de Palacio saludado hasta el suelo, no es ningún trabajo torcer la atención dirigente hacia la Amé-

rica. Otra cosa era hace treinta años: había esparto soberbio que romper y tal vez algunas agujitas de rencor que debieron ser despuntadas para que no hiciesen sangre en el coloquio.

Las estanterías de doña Blanca, segmentadas de lo argentino, lo chileno, lo mexicano etc., cuentan que ella lleva unos cuarenta años, sin hueco de negligencia, de buscar y leer lo nuestro. En el catálogo de sus obras, que acaba de aparecer, yo he contado noventa y siete artículos y discursos de nuestra divulgación. Pasado a metáfora este trabajo, es una cobijadura de la raza; pasado a texto escolar, se llamaría a quien lo hace *madrecita de unos pueblos cortados contra su gusto*.

Otra empresa le ha gastado los años y los años: la historia literaria de España, y dentro de ella, la rivalidad de Tirso de Molina. Por la estría esta de su trabajo la conoce y la estima mejor la crítica española. Nosotros por la anterior.

Doña Emilia Pardo comentaba el caso curioso de un escritor puesto entero a desnudar y a acrisolar la honra de un muerto. Se veía como apelmada la tierra, de puro abandono, en torno de la figura de Tirso, tapada de ella hasta el pecho. Doña Blanca de los Ríos ha arañado y cavado en eso, y ya se ve más franco en la luz de España el bulto de Tellez, limpio de alguna costrilla biográfica fea y en su real tamaño, el que ella, la leal, ha querido. Se caía en la costumbre de mirar a Tirso por debajo de Lope. Ella creyó siempre que son iguales y que la clasificación ha sido precipitada o maliciosa. Se puso a probarlo y va convenciendo a los mejores, después de una documentadísima porfía... Cuestión de niveles, cosa importante para una escrupulosa, y ella es eso, una minuciosísima, por celo de las cifras de la cultura española.

En bien de Tirso, ha estado nada menos que veinticinco años oliendo librotos cargados de humedad o de naftalinas, en rastreo del dato que le pareció torcido y que torcido estaba. La búsqueda, más laboriosa que la de un insecto para Fabre en los pedregales de la Crau, ha solido darle alegrías como la del hallazgo de la fe de nacimiento de su fraile. Cincuenta datos puso en su biografía la mano pequeñita, es decir, ella la ha construido de nuevo, rebanando entera la mentirosa. El premio de la Academia Española, que para mientes de tarde en tarde en alguna pieza esencial y la alaba, se queda bien por debajo de la empresa de rectificación de esta mujer, que es ni más ni menos la de una nave en la «catedral del idioma».

Don Marcelino Menéndez Pelayo la llamaba «entendimiento bien regido» y otros le han dicho—como siempre—lo de la «mente varonil», con intención de halagarla.

De mujer son, más que de hombre, estas paciencias, que otras gastan en el depilado de la ceja; lealtad de mujer este vindicar al comediógrafo que manejó agudamente la intriga femenina; entrega de mujer el desentenderse de la obra individual para seguir las de Tellez en leguas de aventura bibliográfica. Ya resulta majadería llamar varoniles cualidades que son de mujer y que nosotras podemos voltear lo mismo hacia el marido y al niño que a la biblioteca o a las probetas. Aquí no hubo criatura que nutrir y peinar y por eso la diligencia tierna se volvió libro y libro.

(Pasa a la página 253.)